

Tercer Congreso
Internacional
del Movimiento
de Lausana de
Evangelización
Mundial

Y después de Ciudad del Cabo, ¿Qué?

Harold Segura C.

[documento de trabajo]



Visión Mundial





Visión Mundial



Y después de Ciudad del Cabo,
¿Qué?

© Harold Segura

Imagen de portada: Keepscases (modificada)

Wikipedia

Licencia Creative Commons

Dpto. de publicaciones de
Ateneo Teológico - Lupa Protestante

Diseño y maquetación:
Ateneo Teológico

www.ateneoteologico.org

www.lupaprotestante.com

Barcelona - Catalunya - España

2010

«El mundo es mi parroquia»
John Wesley

El Centro Internacional de Convenciones de Ciudad del Cabo, estupendo lugar donde se realizó el *Congreso Internacional del Movimiento de Lausana sobre la Evangelización del Mundial* ha cerrado sus puertas; ha puesto en orden sus instalaciones para los eventos siguientes y, mientras tanto, los participantes del Congreso aguardan en las salidas del Aeropuerto Internacional su pronto retorno a casa. Es la hora de los balances. Atrás queda Sudáfrica y lo que allí ocurrió; adelante nuestros países y lo que en ellos debemos hacer.

Ahora comienza la tarea de evaluar lo que se dijo, considerar lo que se dejó de decir, valorar los aportes y complementar los faltantes para apurar la jornada misionera de cada país. Algo dijo el Dr. Lindsay Brown acerca de este proceso de asimilación cuando presentó el nuevo Pacto, que ahora se llama *El compromiso de Ciudad del Cabo. Una declaración de fe y un llamado a la acción*¹. Explicó que se redactará una nueva versión de aquí a enero que incluirá una breve revisión de la primera parte (la declaración de fe) y el desarrollo de la segunda (el llamado a la acción). La segunda parte no se ha redactado aún y consistirá en una síntesis de los compromisos que se hicieron en el Congreso. Pienso que los cambios sobre la primera parte serán mínimos, a no ser que haya una gran presión por parte de los países para solicitar una modificación sustancial, cosa que no creo que suceda.

Bueno, visto así, Ciudad del Cabo está a punto de comenzar. En aras de ese proceso de asimilación evaluativa, pongo a consideración de mis pacientes lectores las siguientes observaciones generales. Dije en mi última crónica desde Ciudad del Cabo² que regresaba habiendo recibido más de lo que esperaba, aunque menos de lo que me hubiera querido. Permítanme ampliar esa frase con mis observaciones, comentarios y sugerencias siguientes.

1 El documento puede leerse en castellano en: http://conversation.lausanne.org/es/resources/detail/11544#article_page_1

2 Las crónicas se pueden leer en castellano y en portugués en los siguientes sitios de Internet: www.lupaprotestante.com (castellano), y www.novosdialogos.com (portugués)

Para quienes tuvimos la gracia de estar en Ciudad del Cabo, creo expresar aquí el sentimiento de la mayoría de los participantes, esta experiencia formará parte de nuestros mejores recuerdos. En lo personal, no creo haber participado antes en un evento evangélico de la altura y del significado histórico de éste. No es sabio confundir el análisis teológico que uno haga del Congreso, o las opiniones pastorales respecto a las exposiciones o al documento final, con el hecho espiritual y humano de haber estado allí entre más de 4000 hermanos y hermanas de tantas partes del mundo, disfrutando de la riqueza de la diversidad y celebrando juntos la fe en Jesucristo.

Se escucharon expositores de primera clase (Christopher Wright, entre ellos), participamos en foros motivadores e inquietantes (el de cómo participar en la misión urbana, por ejemplo), estuvimos en diálogos inspiradores (como el de la teología de la niñez, entre tantos), oímos la voz de los profetas (Raineer Chu, de Filipinas, en uno de los Múltiplex), tuvimos la oportunidad de celebrar nuestra fe, cantar juntos, abrazarnos, reír con los amigos y amigas y, ¡cómo olvidarlo!, participar en la Cena del Señor (imponente, inspiradora y de profundo significado) con la que se clausuró el Congreso. La lista se haría extensa si de bendiciones fuéramos a hablar. Con sentimiento de gratitud reverente me expreso por haber sido uno de los de Lausana III.

Pienso que se dijeron cosas de suma importancia para el peregrinaje evangélico en las próximas décadas, las que tendrán, sin duda, repercusión en la forma de comprender nuestro lugar en el mundo y de participar en la misión de Dios. Pero también se dejaron temas cruciales para esa misión. En el presente aporte se encuentran siete *observaciones pastorales* acerca de las que podríamos avanzar en el proceso de diálogo y acuerdos de los meses siguientes. El orden de la presentación es casual y no tiene intención de priorizar los temas.

Misión integral

Este fue un tema de particular interés, sobre todo, por la gratitud que siente el movimiento evangélico del llamado Tercer Mundo por las declaraciones del primer congreso de 1974. Bueno, se reafirmó lo que ya se había dicho. Se ratificó la necesidad de integrar la evangelización con la responsabilidad social. No se sumó nada; no se restó nada. Se puede ver que en el documento final de Ciudad del Cabo (versión preliminar) se hizo una cita textual de los numerales 4 y 5 de lo declarado hace 36 años en Lausana. Pero, en misionología, bien sabemos, sobre todo en las conceptualizaciones teológicas, cuando no se avanza por lo menos un centímetro significa que se retroceden varios kilómetros.

En lo personal considero que la simple relación complementaria entre la evangelización oral y la responsabilidad social estaba bien para 1974, pero no para el 2010. Por eso las preguntas: ¿Qué significa hoy para nosotros la misión integral? ¿Qué elementos deberíamos considerar en nuestra propuesta misionológica para este nuevo siglo que no se quede en la simple *complementación* (por que en la mayoría de veces no se da la *integralidad* deseada) de la evangelización y el servicio? En otras palabras, la cuestión fundamental sigue siendo, ¿qué le interesa a Dios y cómo nosotros como su Pueblo participamos en esos propósitos y los consideramos nuestro encargo misionero?

Ciudad del Cabo sí dedicó un día al tema de la colaboración entre las diferentes partes del Cuerpo de Cristo, lo que no significa que consideró la unidad de la Iglesia como tema teológico y sus obvias implicaciones pastorales. La colaboración de la que se habló fue estratégica; no excedió los intereses programáticos de la tarea evangelizadora y de la obra misionera para «alcanzar a los perdidos». Este vacío, quizá se explique por el énfasis que se hizo en el trabajo misionero en el mundo musulmán y al afán que se mostró en la evangelización de «los pueblos no alcanzados».

Quedó en blanco la página de las relaciones interconfesionales, en especial con la Iglesia Católica, y el diálogo con las religiones de los pueblos originarios, temas estos urgentes para el quehacer misionero en muchas partes del mundo. ¿Qué significa colaborar (me gustaría mejor usar la palabra cooperar) entre las diferentes partes del Cuerpo de Cristo? ¿Cuál es la relación entre misión y ecumenismo? ¿Cuál es el lugar del diálogo comprensivo y compasivo con las grandes religiones universales y con las otras grandes religiones de los pueblos originarios?

Una de las grandes sorpresas que recibí en Ciudad del Cabo fue la escasa presencia del mundo pentecostal y neo-pentecostal. No hablo de la presencia en cuanto a número de participantes, la cual fue, sin duda, nutrida y representativa. Me refiero a su presencia en el programa, en la plataforma, en la asignación de panelistas en el programa de las tardes, en la liturgia y en las temáticas del Congreso (plenarias, múltiples y diálogos). Se hizo una referencia directa al pentecostalismo ---por cierto inexacta y lamentable--- en la noche del miércoles cuando se mostró un video sobre América Latina. Dicho sea de paso, tanto el presidente del Congreso, como el productor del video y los demás directivos a cargo del programa, presentaron disculpas ante el reclamo que presentó la delegación latinoamericana.

¿Qué pasó con el pentecostalismo? Bueno, con el pentecostalismo nada grave; goza, por dicha, de buena salud. La pregunta es ¿qué pasó dentro de Lausana III con el pentecostalismo y el neo-pentecostalismo? ¿Si en la realidad del mundo evangélico son una mayoría vibrante, porque fueron una mayoría invisible en Ciudad del Cabo? Dato que requeriría un análisis más detenido. En mi caso, prefiero no interpretar; no tengo suficientes elementos para hacerlos. Sólo registro lo observado por la pertinencia que tiene para el mundo cristiano en general.

De esta observación surge la pregunta, si el pentecostalismo es una realidad inobjetable en el gran concierto cristiano, ¿de qué manera tener en cuenta su presencia y sus aportes en el cumplimiento de la misión? Sobre todo ¿Cómo desarrollar nuevos modelos de cooperación misionera entre el neo-pentecostalismo (diverso, poderoso y complejo: movimiento apostólico, megagiglesias, tele-evangelistas, etc.) y las demás expresiones de fe evangélica? No es fácil; pero es preferible tratar con la dificultad en lugar de escoger el camino que decidió el Congreso.

La pobreza de Lausana III es una pobreza sin rostros específicos. La tarea para eliminar esa pobreza o luchar contra ella no tiene fuerza alguna, ni en el documento, ni en las alocuciones del Congreso. A lo que se nos invitó (me refiero a la tarjeta de decisión que aparece en la última página del libro del programa) es a tener en cuenta *la pobreza y el sufrimiento de un mundo quebrantado*, entendido como el mundo de los *desvalidos, los extranjeros y los enemigos*. Pobreza que apela a una caridad candorosa, pero sin la fuerza política que requiere la transformación social de la pobreza y de la injusticia. En mi caso, algunos saben, no llené la tarjeta. Sencillamente no entendí lo que me pedían, ni compartí la forma como lo pedían (esa parte del programa del jueves fue desconcertante).

Sí se habló de *pobreza bíblica* y de *injusticia espiritual*. La primera para referirse a la necesidad de trabajar en la educación cristiana y en el discipulado de la fe; la segunda para invitarnos a ir a predicar a los pueblos que nunca han escuchado el evangelio después de 2000 años. Como se ve, la pobreza de rostro concreto no tuvo la presencia que sí tiene en la realidad de nuestro mundo. De justicia, se habló menos.

La vieja pregunta sigue vigente: ¿cuáles son las implicaciones, para nuestra tarea misionera, de la pobreza y la miseria en la que viven millones de personas en el mundo (incluido, obviamente, el mundo musulmán, si es que de los musulmanes fuéramos a hablar)? ¿Qué significa hablar de Dios entre los hambrientos del mundo? ¿Qué significa la *plenitud de vida* para Jesús (Juan 10:10) y para la misión que hacemos en su nombre (Lucas 4)? ¿Cuál es nuestro aporte distintivo para el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)³ y cómo encuadramos esas acciones como componentes esenciales de nuestra misión?

³ Los objetivos de desarrollo del milenio, fijados en el año 2000, son ocho objetivos de desarrollo humano, que los 192 países de las Naciones Unidas acordaron conseguir para el año 2015, y son: 1: Erradicar la pobreza extrema y el hambre. 2: Lograr la enseñanza primaria universal. 3: Promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer. 4: Reducir la mortalidad infantil. 5: Mejorar la salud materna. 6: Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades. 7: Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. 8: Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

Lectura de la realidad

Este apartado tiene afinidad con el anterior. Se explica la forma liviana como se habló de la pobreza real si se considera que en Ciudad del Cabo no se tuvo en cuenta, en ningún momento, la necesidad de hacer una lectura actualizada y atenta de las realidades del mundo. El punto de partida fue la Verdad y la defensa que de ella debemos hacer ante la presencia de la secularización y el pluralismo. Se habló mucho del mundo espiritualmente perdido sin Cristo. De lo anterior se deduce, por supuesto, que las acciones que vendrán en la segunda parte del documento serán un compendio de las promesas hechas en las plenarios del Congreso. Acciones orientadas a alcanzar a los perdidos, con la estrategia más efectiva, al costo más bajo y en el menor tiempo posible (asunto de la nueva *ingeniería evangelizadora*).

En el post-Lausana III, necesitamos plantear las preguntas y no evadir las respuestas acerca de la pobreza, de la destrucción del medio ambiente, de la injusticia, de la inequidad social (¿cómo explicar que en regiones del mundo, como por ejemplo, América Latina, donde el cristianismo es mayoritario, también sean las regiones que sufren mayor inequidad social?), de las personas con discapacidad, de los niños y las niñas, de la situación de los pueblos indígenas, de los jóvenes, del VIH-SIDA, en fin, de la *real realidad* del mundo.

También necesitamos conversar acerca de los temas del actual debate ético, sin por ello querer unificar las respuestas (homosexualismo, matrimonio entre personas del mismo sexo, aborto, bioética y otros más). En otras palabras, se trata de buscar las prioridades de la misión a partir de la realidad. En años anteriores, el espíritu de Lausana nos enseñó que la agenda de la misión de la Iglesia la determina el mundo. Es un principio cardinal que vale recordar ahora.

Dentro de esta lectura de la realidad, en Ciudad del Cabo tuvimos la oportunidad de recordar que esa realidad es diversa y variada en las distintas regiones del mundo. La situación que enfrentan las iglesias africanas no es la mismas de las de Asia, ni las de Asia las mismas de las de América Latina, por ejemplo. Nuestra realidad local no es la realidad global. Mientras que en el sur de Asia las iglesias se preguntan cómo sobrevivir a la persecución religiosa, en Europa les inquieta cómo defender la Verdad del evangelio en medio de la secularización, y en América Latina cómo decir Dios entre tanta injusticia y pobreza, en fin, son realidades diferentes que deben ser tenidas en cuenta a la hora de los pronunciamientos globales y de las acciones pastorales que se acuerden para cada lugar.

El Compromiso de Ciudad del Cabo usa en su versión en castellano la palabra evangelismo. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua (RAE) la palabra debe ser evangelización, la que define como «la acción y efecto de evangelizar». Pasemos ahora a lo más importante del asunto. Tanto en el Congreso como en el documento, se mantienen las líneas generales de lo ya dicho desde 1974, que la evangelización «es difundir la buena nueva de que Jesucristo murió por nuestros pecados y resucitó de los muertos según las Escrituras, y que ahora como el Señor que reina ofrece el perdón de los pecados y el don liberador del Espíritu Santo a todos los que se arrepienten y creen» (Pacto de Lausana, 4).

El énfasis recae sobre el anuncio oral de la historia redentora de Jesucristo, sobre todo en la proclamación de su crucifixión, muerte y resurrección. Donde no hay ese anuncio, lo dijo Lindsay Brown en el sermón de clausura, no hay misión cristiana. Valdría considerar si este énfasis en el anuncio oral del mensaje no disminuye las otras dimensiones que, como el mismo documento refrenda, son el testimonio por medio de la vida y de las obras.

Siendo que en Ciudad del Cabo tampoco en este campo de la evangelización se dijo nada nuevo (se ajusta a lo ya dicho), vale preguntarse en los contextos de cada país ¿qué significa evangelizar hoy? y ¿en qué consiste el evangelio?, sobre todo, teniendo en cuenta, primero, las experiencias de testimonio integral que hay en cada contexto nacional; segundo, la tensión real entre la evangelización y el proselitismo y, en tercer lugar, la realidad del cristianismo nominal (los que se llaman cristianos por afiliación eclesiástica o por tradición cultural), realidad que nos desafía a volver sobre esas preguntas esenciales.

Teología

Los asuntos enunciados anteriormente tienen una implicación teológica innegable. Sin embargo, vale agregar un asunto más que exprese en forma particular la urgencia de revisar los presupuestos teológicos esenciales y, con esos elementos autocríticos, arriesgarnos a soñar con una misionología que esté a tono con las demandas de nuestro momento actual.

Los enfoques teológicos que nos caracterizan son, sin duda alguna, de corte conservador (así algunos lo ignoren diciendo que estas clasificaciones pertenecen al siglo pasado). Significa que concebimos la misión como un esfuerzo por salvar almas y extender la Iglesia (es seguro que algunos se pregunten al leer estas líneas si acaso la misión no es eso y sólo eso). La salvación, en este marco de referencia, no tiene que ver con la transformación del mundo, sino, más bien, con el reconocimiento de que este mundo es transitorio y la afirmación del valor inestimable del mundo futuro que es eterno. Esta perspectiva acompañó tanto a católicos como a evangélicos en los últimos siglos. Ya en las últimas décadas, ha florecido con mayor fuerza dentro de los círculos evangélicos.⁴

Se trata de volvernos a hacer la vieja y siempre actual pregunta por la razón de ser de la Iglesia y por definir su tarea en el mundo. Sobre todo por concebir la misión en una dimensión realmente integral, cosa que es en algunos momentos ambigua en Lausana III. Ambigua en el sentido de afirmar que la integralidad incluye las diferentes dimensiones de la misión, pero, al mismo tiempo, afirmar, en varios discursos del Congreso, que la prioridad la tiene la evangelización (sobre todo la urgencia de alcanzar a los perdidos y de ganar para el evangelio el mundo musulmán).

El documento, en una de sus partes más lúcidas, declara que «La misión integral significa discernir, proclamar y vivir la verdad bíblica que el evangelio es la buena nueva de Dios, a través de la cruz y la resurrección de Jesucristo, para las personas individualmente, y también para la sociedad, y también para la creación. Los tres están quebrados y están sufriendo por causa del pecado; los tres están incluidos en el amor y la misión redentores de Dios; los tres deben formar parte de la misión integral del pueblo de Dios». (Ciudad del Cabo, 10a). Nos corresponde

⁴ Para mayor comprensión de esta tipología misionera y de sus diferentes procesos históricos, ver: Stephen B. Bevans y Roger P. Schroeder, *Teología para la misión hoy. Constantes en contexto*, Verbo Divino, Navarra, 2004, pp. 102-121.

considerar de qué manera esta afirmación gana la prioridad frente a los abiertos intereses proselitistas que se mostraron en el Congreso. La realidad de nuestras prácticas pastorales lo dirá.

Sin ánimo de concluir

Lausana III está ahora en nuestras manos. No conozco exactamente la metodología que se usará para recibir los insumos de los países y para determinar cuáles de ellos tendrán la fuerza para modificar la primera redacción del documento. Como se ha visto, no me detengo aquí en el análisis de *El Compromiso de Ciudad del Cabo*, sino en la experiencia de Ciudad del Cabo; lo que escuché, vi, sentí y pensé. Quizá estas observaciones pastorales sirvan para animar lo más importante que es, no la nueva versión del documento, sino la vida de nuestras iglesias, su pertinencia misionera ante el mundo, su credibilidad testimonial en las décadas que se aproximan, su modo de interpretar la realidad y de situarse en ella. Es eso lo que está en juego; eso es lo que más valor tiene ahora, no el Congreso, sino la Iglesia del que dijo «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

Y después de Ciudad del Cabo, ¿Qué?

Harold Segura C.

Sobre el autor

Harold Segura Carmona: Colombiano, residente en San José, Costa Rica. Administrador de Empresas y Magister en Teología del Seminario Teológico Bautista Internacional, de Cali, Colombia. Estudiante del programa de Doctorado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá, Colombia. Director de Relaciones Eclesiásticas y Compromiso Cristiano de World Vision para América Latina y El Caribe.

